

GIOCONDA BELLI

Las fiebres
de la memoria



Seix Barral

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

LÁMINAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a conte-
nidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Corre el año 1847. Charles Choiseul de Praslin, un noble de la corte de Luis Felipe I de Orleans, rey de Francia, se ve acusado de un crimen pasional. A instancias del propio rey, gran amigo suyo, De Praslin finge su suicidio y, en su huida, embarca con destino a Nueva York. Conoce allí al poderoso magnate Cornelius Vanderbilt quien lo invita a acompañarlo en la Ruta del Tránsito, a través del río San Juan y el lago de Nicaragua. Seducido por la vegetación tropical y la exótica belleza de ese país, decide quedarse, atraído por la idea de ese lugar remoto donde nadie podrá reconocerlo. En Matagalpa, ciudad de las brumas, su destino se cruza con el de una mujer cautivadora, la joven viuda Margarita Arauz, a quien llaman la Rosa Blanca.

Las fiebres de la memoria es una novela de amor, misterio y aventura, una mirada íntima al reto de reinventarse una identidad, y aceptar una segunda oportunidad.

Autora del exitoso long seller *La mujer habitada*, Gioconda Belli se adentra en esta novela en la leyenda de su misteriosa abuela Graciela Zapata Choiseul de Praslin, la mujer fuerte y vital a quien visitaba en la pequeña ciudad rodeada de neblina. Siguiendo el hilo de la historia familiar, Belli engarza en una narrativa de enorme belleza el gran escándalo de la corte francesa del siglo XIX y el origen de su prole.



Seix Barral

Gioconda Belli

Las fiebres de la
memoria

*A Charles Castaldi, mi
compañero, amigo, esposo.
Su curiosidad, joie de vivre,
su talento y sentido del hu-
mor enriquecen mi vida cada
día.*

*A mi padre, Humberto, y
a mi abuela Graciela*

PRÓLOGO

¿Qué cara pondría mi padre cuando le dijeron la verdad? A los dieciocho años era un muchacho atlético —del equipo de básquetbol Los Grifos— de ojos menudos, con un bigotito fino y una sonrisa ancha y pícara. Lo imagino sentado con doña Carlota —que él creía que era su madre biológica— en las sillas mecedoras de mimbre del corredor donde ésta solía ponerse a tejer. Ella era una mujer morena, de rostro afilado y ojos grandes, su pelo entrecano siempre recogido en un moño bajo, sus manos largas sin otro adorno que el anillo de su matrimonio con Antonio Belli, el italiano que la dejó viuda joven. ¿Qué palabras escogería Carlota para revelar al nieto que ella era sólo su abuela y que otra mujer llamada Graciela era su verdadera madre? ¿Cómo le explicaría que uno de sus hijos, Pedro, que él pensaba su hermano, era en realidad su padre? Habría preferido que el secreto permaneciera guardado en esa casa de anchos corredores de la calle del Triunfo de Managua, donde vivía con su hija Elena, Gonzalo, el marido de ésta, abogado de profesión, y los hijos de ambos. Pero, llegadas a viejas, las cómplices vecinas perdieron la discreción y una de ellas comentó lo que sabía con el joven sobrino amigo de mi padre. El resto es predecible: de regreso de una práctica de básquet en el parque San Sebastián, un parque que ya no existe como no existen ya ninguna de

esas casas solariegas destruidas de un latigazo por el terremoto de Managua en 1972, mi papá supo por el amigo que la realidad de su origen no era lo que parecía.

Estoica y mujer fuerte que era, doña Carlota no tuvo más remedio que confesarle la verdad. Le explicó el amorío de Pedro y Graciela, una muchacha de «buena familia» de Matagalpa. Para evitar el escándalo de su embarazo, unas tías la ocultaron hasta que el niño nació. Después llamaron al joven padre y decidieron asumir la responsabilidad evadiéndola como era usual en esos tiempos. El niño fue inscrito como hijo de sus abuelos: Antonio y Carlota. A la abuela le tocó hacer el papel de madre.

Cuando conocí toda esta historia, admiré a mi papá, que fue tan buen hijo de su padre, a pesar de lo extraño que tiene que haber sido para él aceptarlo tardíamente como tal en el escalafón de los afectos. Pero en aquel tiempo, las familias eran reinos sin rebeliones. Las disposiciones de los mayores eran la ley, y esa ley se cumplía a cabalidad.

Las circunstancias del nacimiento de mi padre dieron lugar a que en mi infancia existiera una confusión de abuelas. Mientras lo normal era tener una pareja de abuelos paternos y otra pareja de abuelos maternos, yo tenía tres abuelas paternas: Carlota, la única a quien papá llamaba «mama»; Mercedes Alfaro, la esposa legítima de don Pedro Belli, y la misteriosa abuela Graciela de Matagalpa.

A ésta la veíamos muy de vez en cuando. Ir a Matagalpa, pequeña ciudad perdida en la bruma y entre montañas al norte del país, significaba un viaje largo, pero a mis hermanos y a mí nos ilusionaba. Al contrario de la familia de Managua, más bien estirada y parca en sus afectos, Graciela Zapata Choiseul de Praslin era una mujer encantadora y cariñosa. Hermosa, alta y vivaz, nos recibía con succulentos almuerzos de las típicas delicias nicaragüenses que no se acostumbraban en nuestras casas. En la ciudad, ella era un

personaje; querida y respetada. Se había casado con un ex-militar y ambos eran dueños y administraban el hotel más grande y prestigioso de esa pequeña urbe. Matagalpa estaba llena de historias de familias alemanas, danesas, italianas, inglesas y francesas, que en el siglo XIX se habían asentado en la región, gracias a que el gobierno les había cedido tierras para trabajar. En esa zona floreció el cultivo del café. Se amasaron fortunas, extranjeros se casaron con muchachas de familias prominentes y allí surgieron las leyendas que hablaban del pasado de aquellos inmigrantes rubios, ojos azules, altos, blancos, peculiares que, llegados de Europa, se reinventaron en la pequeña y emergente Nicaragua.

Jorge Choiseul de Praslin era el abuelo de mi abuela Graciela. Con su historia, su memoria, los relatos de familia y los documentos de la época, he construido esta novela.

GIOCONDA BELL

CAPÍTULO 1

¿Qué piensan los enterradores? ¿Qué pensaron quienes cargaron mi féretro en la noche húmeda y calurosa de agosto en París? Irían a paso lento para no tropezar ni deslizarse sobre el musgo húmedo de otras lápidas. Sus hombros creerían soportar el peso del duque Charles Laure Hugues Théobald Choiseul de Praslin, que tras asesinar a su esposa se envenenó. Sospecho que les complacería secretamente llevar a un noble a la esquina apartada del camposanto, dejarlo caer sin miramientos dentro de la fosa recién cavada, darle el entierro propio de un criminal solo, sin familia doliente, o hijos que se preguntaran si esa maldad habitaba en su linaje. Los enterradores trabajarían deprisa, anhelando el cocido que los esperaba en casa, apilando veloces las paladas de tierra sobre el féretro, escuchándolas caer como bofetadas contra la madera. Uno de ellos clavaría después el madero vertical con el número 5701 toscamente grabado. Pensarían que era justo que yo no contase siquiera con la cruz rudimentaria asignada a los pordioseros.

Tres años después, Jacques, el sepulturero de Vaux-le-Vicomte, descubriría el engaño, las piedras dentro de mi ataúd. ¿Se alegraría? Me conocía desde la niñez. De joven era jar-

dinero, cultivaba los rosales de donde provenían las rosas que mi madre hacía colocar en los jarrones de nuestro *château* de Maincy no bien empezaba la primavera.

¡Ah, Vaux-le-Vicomte! Muerto mi padre, yo fui el heredero. Me gasté una fortuna renovando aquel castillo magnífico, mi fortuna y la de Fanny, mi ahora difunta esposa. Ella no lo objetó. Ese proyecto lo hicimos ambos, sin querellas. Ella se soñaba señora de la belleza arquitectónica y del lujo del palacete, yo de los jardines más bellos de Francia. Mi familia poseía Vaux-le-Vicomte desde 1764. Nosotros lo llamábamos Vaux-Praslin. El castillo fue propiedad de Nicolás Fouquet, el financiero de Luis XIV, que terminó preso, acusado de malversación de fondos. Mi padre afirmaba que Fouquet fue víctima de envidias y, sobre todo, de la codicia del rey, que odió que alguien tuviese un castillo más imponente que el suyo. Lo mandó apresar, saqueó el castillo y envió a Le Vau, Le Nôtre y Le Brun, sus creadores, a diseñar y construir Versalles.

En Vaux-Praslin, nuestros hijos y su aya, Henriette Deluzy-Desportes, disfrutaban largas caminatas alrededor de los diseños geométricos del parque, los parterres de lilas, las avenidas de tilos, las enredaderas de rosas trepadoras. Cuando Jacques, en ese entonces jefe de jardineros, perdió súbitamente a su mujer, la soledad y la vejez lo tornaron adusto y sombrío, lo dotaron para el oficio de guardar las criptas del cementerio familiar.

Creo no equivocarme al pensar que fue a él a quien mi hermano Edgard le asignó la tarea de recuperar mis restos de la oscura y anónima tumba de paria en la que reposaban y trasladarlos al lado de Fanny. Puedo imaginar al desencajado, viejo y grueso sepulturero a la puerta del estudio del nuevo duque, sin encontrar palabras para revelar el insólito hallazgo. El leal Jacques contemplaría a mi hermano tras el escritorio, lo vería alzar el rostro, interrogarlo con

la mirada tranquila, esperando simplemente la aseveración de que al fin el cadáver retornaba a la familia para yacer al lado de la esposa en la cripta familiar de Praslin.

El mismo día de mi muerte, el 24 de agosto de 1847, tuvieron lugar las pompas fúnebres de mi Fanny, duquesa de Choiseul de Praslin. Su catafalco fue colocado en la nave central de la Iglesia de la Madeleine. Asistieron a la ceremonia representantes del rey y la reina, además de los ministros del Interior y de Justicia y la más alta nobleza. París entero lamentó el suceso, la multitud se aglomeró en las aceras, la ciudad lloró el fin trágico de la duquesa y expectante aguardó que la justicia señalara al culpable.

A la puerta del despacho de mi hermano, el sepulturero Jacques querría condolerse con él de mi engaño, reprobar mi traición. Otro en su lugar habría dudado entre revelar la verdad o guardar para siempre la mentira de mi desaparición, pero ya mencioné que Jacques era leal a la familia. Revelaría su hallazgo en una frase. Frente a él, mi hermano se mostraría impertérrito, pero comprometería al sirviente a un pacto de silencio bien remunerado. Él y yo éramos de la misma estirpe austera, reservada. Ambos heredamos de mi madre la preocupación por las formas, que ella se esmeró siempre por mantener de manera obsesiva. De pequeños vivimos en un hogar infeliz, forzados a portar la máscara de niños felices y de buenas maneras. Fuimos una familia adversa al escándalo. Para Edgard, mi fingido suicidio tendrá que haber sido un alivio (en su lugar yo pensaría de la misma manera). Estaría de acuerdo en que mi muerte fingida era la solución más decorosa para lidiar con el infortunio de mi desgracia. Así las cosas, a él sólo le restaba conservar las apariencias. Mandó a esculpir mi lápida. La colocó al lado de Fanny. Si hay vida tras la muerte supongo que será ella

la más ofendida por verse forzada a yacer al lado de un sepulcro vacío. Me atrevo a pensar, sin embargo, que a pesar del engaño le plazca pensar en la falsa posteridad de nuestro matrimonio, en las futuras generaciones preguntándose qué conversarían nuestros fantasmas.